

NO SOY ESCRITORA de Ángela Aranda Roig

No soy escritora. Ni siquiera me planteo que algunos de mis pensamientos puedan suscitar interés. Debe ser que en mi familia no hay afán de protagonismo y ahora que lo pienso, somos más de decir que de escribir. No hay literatos famosos, aunque en casa hay montones de libros que han ido pasando de una generación a otra formando una gran biblioteca. Mi abuela los guarda como un gran tesoro junto a la colección de cartas de mis bisabuelos, ejemplo de caligrafía y ortografía perfectas. Como dice ella, eran otros tiempos...

Hace tres meses que murió mi abuelo, mi gran aliado, mi más firme defensor. Mi primera vez frente a la muerte. Escaso tiempo para situarnos ante la desolación, cada uno a nuestra manera. Abundantes días para añorar, para siempre. La caja metálica con esos montoncitos de cartas ordenadas y anudadas con cintas de raso y terciopelo ayudan a poner al día nuestra memoria. Así me lo cuenta mi madre: "No recuerdo la última vez que escribí una. Tendría que remontarme a mi adolescencia. ¡Qué ilusión abrir el buzón y encontrar esos sobres dirigidos a mí! Rápidamente subía a casa y leía las escasas e infantiles líneas con no muchas novedades. Pero, ¡qué emocionante resultaba todo! Las amigas del verano en la playa, algún que otro amor ya pasado, en fin, lo típico de una juventud sin móviles ni tecnología. Nos divertíamos con lo sencillo. Qué prisa en responder, buscando una hoja bonita a juego con el sobre del mismo color. Poco a poco se fue diluyendo esa afición hasta desaparecer. Las cartas pasaron a ser historia".

Sorprendentemente nunca he tenido que escribir una carta...bueno, en realidad, para no faltar a la verdad, una vez en el colegio me mandaron escribir una destinada a mí misma. No me causó un gran efecto.

Mi madre sigue pensando en voz alta: "...con el paso de los años, queda todo tan lejano que ni siquiera me apetece esforzarme en recordar. Esas cartas me hacen viajar en el tiempo, con la gran pandilla de veraneo, ahora diseminada. La mayoría casados con hijos ya adolescentes y algún que otro soltero o divorciado, convertidos

casi en desconocidos. Historias variopintas que bien podrían haber llenado capítulos de cualquier telenovela o cientos de horas del *reality show* de moda. Más de cuarenta años veraneando tres meses seguidos en el mismo escenario dan para mucho, eso sí, ya masificado. Lo que antes era el pueblo de playa paradisiaco de unos pocos, tranquilo y sin peligro, ahora se ha convertido en la jauría de miles de turistas ávidos por disfrutar y exprimir al máximo sus pocos días de vacaciones. La velocidad destruye la calma de horizontes lejanos. El *sereno tempo* ya muerto.

Los de siempre han cambiado, la escasez de pelo canoso contrasta con la abundancia de kilos en casi todos. Ni rastro de aquellos cuerpos jóvenes y atléticos en movimiento todo el día, nadando, jugando al tenis o bailando. Hay que exceptuar a las operadas...sí, ahora con más pecho, el rostro lleno de silicona y largas uñas de gel...disfraces que no logran esconder la edad”.

Sí, a través de sus ojos todo ha cambiado. Muchos ya no están. Mi abuelo no está. Han ido envejeciendo y muriendo...dejando el paisaje vacío y mi alma muy triste, el mismo sol para los que quedan y los que irán llegando. Mi madre y mi abuela son muy conscientes, comienzan a estar en lo que llaman “esa primera línea peligrosa”. Obligada trinchera. Ahora es lo que en esa época le parecía que era una persona mayor, muy mayor y yo me convierto, sin quererlo, en la joven protagonista de esas cartas. Dicen que la historia siempre se repite y quizá no me parezca mal del todo.

Como ella dice, viviré grandes momentos, disfrutaré de las olas del mar bajo el cálido y suave sol de la tarde, descubriré mi paraíso, aunque, casi con total seguridad, me costará alguna que otra lágrima. No escribiré cartas, pero subiré historias a Instagram llenas de felicidad, guardando la tristeza para la intimidad. Estiraré los días y las noches con intensidad para que no terminen...

Pasarán rápido los deseados veranos, pasarán los años y ella mientras, si es posible, seguirá a la orilla del mar, con su sombrero y sus gafas de sol y dará gracias por recordar. Yo también lo haré.